

VINO BLANCO Y ROSAS ROJAS

No he levantado la cabeza pero sé que todos los parroquianos están mirando la bicicleta, aguardo de espaldas un par de segundos y levanto la muñeca, la bici queda equilibrada frente a sus ojos y me ven con un cono lleno de estrellas coronando mi cabeza.

—Buenos días, un trifásico de anís, por favor.

—¿Del mono?

—Si, gracias.

Tomo aire y cuento mentalmente hasta diez, pasado este tiempo es improbable que nadie me pregunte nada, pero esta mañana no he tenido suerte. Octavo segundo:

—¿Cuánto cuesta?

—No tengo ni idea, le tocó a mi mujer en una tómbola.

—¿Cuánto pesa?

—La verdad, es que no pesa, voy subido encima y no noto ningún peso, es muy ligera.

—¿No tiene que llevar casco?

—Sólo en carretera, para ir a comprar el pan no es necesario.

—¿Y no suda?

—Como todos los cerdos.

—¿Y no lleva matrícula?

—La lleva pero no a la vista, y no sólo eso, en la tómbola a mi mujer le dieron una ficha con el nombre y apellidos de los operarios que la han fabricado.

—¿Me está tomando el pelo?

—Desde luego.

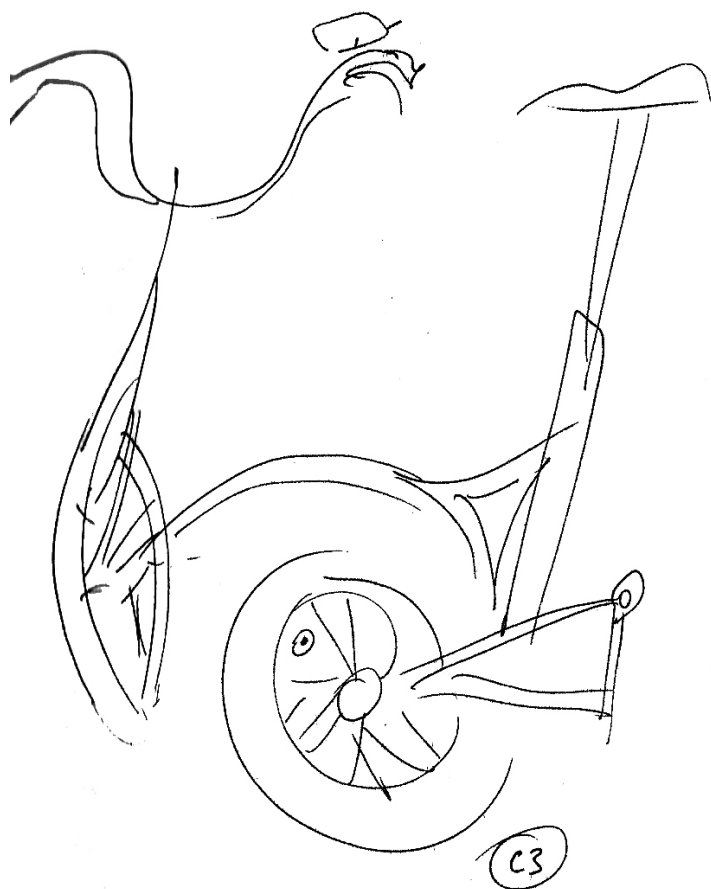
—¡Oye Manolo!, no le cobres el trifásico a este señor.

—Y ahora en serio. ¿Cuánto cuesta? ¿Cuanto pesa?

—Mil doscientos euros y doce kilos, pero si me lo permite se ha dejado usted la pregunta más importante. ¿Cuánto me ahorro?

—De acuerdo, ¿cuánto se ahorra?

—Lo suficiente para satisfacer durante todo el año mi adición al vino blanco, las gambas a la plancha y las rosas rojas.



NÍ SE TE OCURRA

... preguntarme cuánto pesa, no quieras saber cuánto vale, por dónde he venido y a dónde voy, ni se te ocurra tocarla porque puedo cortarte la mano.

Ya sabes, sin alas no soy mariposa, tus ojos me entristecen, no estoy aquí para distraer a nadie mientras incineras tu pobreza en la máquina del bar de cabecera, no puedo comprender el volumen indecente de tu barriga, me das asco cuando das pequeños saltos celebrando no sé qué, un exitazo reflejado en una pequeña pantalla, una nueva excusa para pedir otra copa que ya te pagaré mañana.

Eres un idiota.

Ni se te ocurra otra cosa que no sea invitarme a un carajillo y aun así seguiré despreciándote.

Estoy cansado de personitas como tú, pagafantas, caritas de acelga, gilipollas de cabecera, especialmente harto de parásitos, pequeñas mierdas que parecen humanas y no son más que texturas equivocadas que amenazan el futuro de mis sobrinos.

Ni se te ocurra preguntarme cuántos dientes tiene mi plato, porque te preguntaré en voz alta y públicamente por la última vez que te la chuparon por amor.

Si de mí dependiese, estarías flotando en el espacio, desnudo en el interior de una blanca túnica de cáñamo...

Tú eres tu puta cruz, poco más que el triste reflejo de la mediocridad, una piedra, un error humano, un imbécil que no tiene solución. Otro más.

EL MELOCOTÓN DE TERCIOPELO

Doble malta circular, nalgas de algodón y un discreto hilo oscuro hacia la luz.

El deseo es invisible y el amor incalculable.

El culo es un melocotón de terciopelo que en movimiento resulta irresistible. Un universo circular que, si circula, modifica la posición de las córneas, multiplica la saliva e incrementa la velocidad de la sangre.

Montar en bicicleta es poner el culo en el interior de un marco, formar redondeles hipnóticos y aprender a dibujar sin manos los tirabuzones del viento.

La característica principal de los melocotones de terciopelo es que vuelan a metro y medio del suelo, gasean discretos y alegres mientras suben las persianas del paisaje, dan lecciones gratuitas de equilibrio y, como generosas lunas de octubre, aceptan la brillante responsabilidad de sus reflejos.

